

LAS PLANICIAS

*L*a región conocida como Las Planicies abarca inmensas llanuras que se extienden desde Canadá hasta Texas, y desde el Mississippi hasta las Rocallosas. No se sabe con exactitud cuándo se estableció el hombre en Las Planicies; sin embargo, sí se puede asegurar que hace unos doce mil años los paleoindios (cazadores tempranos de caza mayor) perseguían al mamut en las dilatadas planicies herbáceas. El presente trabajo pretende dar una imagen general de la vida de los habitantes de esta región desde su arribo hasta su confinamiento en las llamadas "reservaciones".



“Vasta y sin senderos como el océano”. “Un mar donde la hierba ondula como las olas hasta el horizonte...” Así han sido descritas Las Planicies, inmensos espacios abiertos que se extienden desde Canadá hasta Texas y desde el Mississippi hasta las Rocallosas, ocupando una superficie de más de dos millones de kilómetros cuadrados. Dentro de esta aparente monotonía, la magna extensión de Las Planicies se divide, aunque el límite es impreciso, en las fértiles praderas contiguas al Mississippi, donde una lluvia relativamente abundante permite el crecimiento de altas hierbas y pequeños bosquesillos; los llanos áridos o estepas, donde los pastos son cortos y resistentes a la sequía y sólo hay árboles en las márgenes de los ríos, ya que el bastión de Las Rocallosas impide el paso del aire húmedo proveniente del Océano Pacífico, ocasionando un clima semidesértico.

Si la flora de Las Planicies se ve dominada por las plantas herbáceas, cuyas raíces entrelazadas forman una espesa alfombra subterránea que impide que medre otro tipo de vegetación, la fauna nativa es bastante variada. El antilope americano, el venado y la liebre de las praderas, el lobo, el zorro, el oso y el coyote. El “perro de las praderas”, pequeño roedor agrupado en colinas por cientos de miles que cavan una extensa red de madrigueras y el tejón que hace presa de ellos. El puerco espín y la serpiente de cascabel. El águila, el búho y el halcón. Ninguno de estos animales, sin embargo, llegó a tener para el hombre la importancia del bisonte, que recorría las planicies en inmensos rebaños dejando caminos hollados que marcaban el paisaje.



ANTECEDENTES HISTORICOS

ORIGENES

No se sabe exactamente cuando se estableció el hombre en Las Planicies, pero si se puede asegurar que hace unos doce mil años los paleoindios (cazadores tempranos de caza mayor) perseguían al mamut en las dilatadas planicies herbáceas. Este conocimiento viene del descubrimiento de restos parcialmente desmembrados de este animal extinto, asociados con implementos de piedra hechos por la mano del hombre: cuchillos, raspadores usados para aderezar el cuero y unas toscas puntas de proyectil a las que se ha denominado “Clovis”. Se infiere que para facilitar la caza de la gran bestia se aprovechaban aquellos animales que estuvieran atrapados en



sitios pantanosos donde era fácil ultimarlos.

Posteriormente, hará unos diez mil años, ya no se encuentran restos del mamut, pero el paleoindio sigue dejando huella de su presencia asociada ahora con restos de bisonte gigante de grandes cuernos (*Bison Tylori*), otra bestia extinta que constituye en ese momento su principal presa. Para esta época el paleoindio ha mejorado su equipo y las puntas de proyectil acanaladas denominadas "Folson" son mucho más eficaces, finas y mejor terminadas; junto con éstas han aparecido grandes cuchillos, navajas, boleadoras contrapesos de atlatl o lanza-dardos (aún no conocían el arco) y artefactos de hueso y asta como agujas, punzones, buriles y cuentas tubulares de huesos usadas probablemente como adorno.

LA CAZA MAYOR

El cazador de bisonte gigante había diseñado una técnica de caza sumamente efectiva que consistía en encauzar a una manada hacia un despeñadero como nos lo muestran los restos de 23 bisontes encontrados en una barranca en las ces-

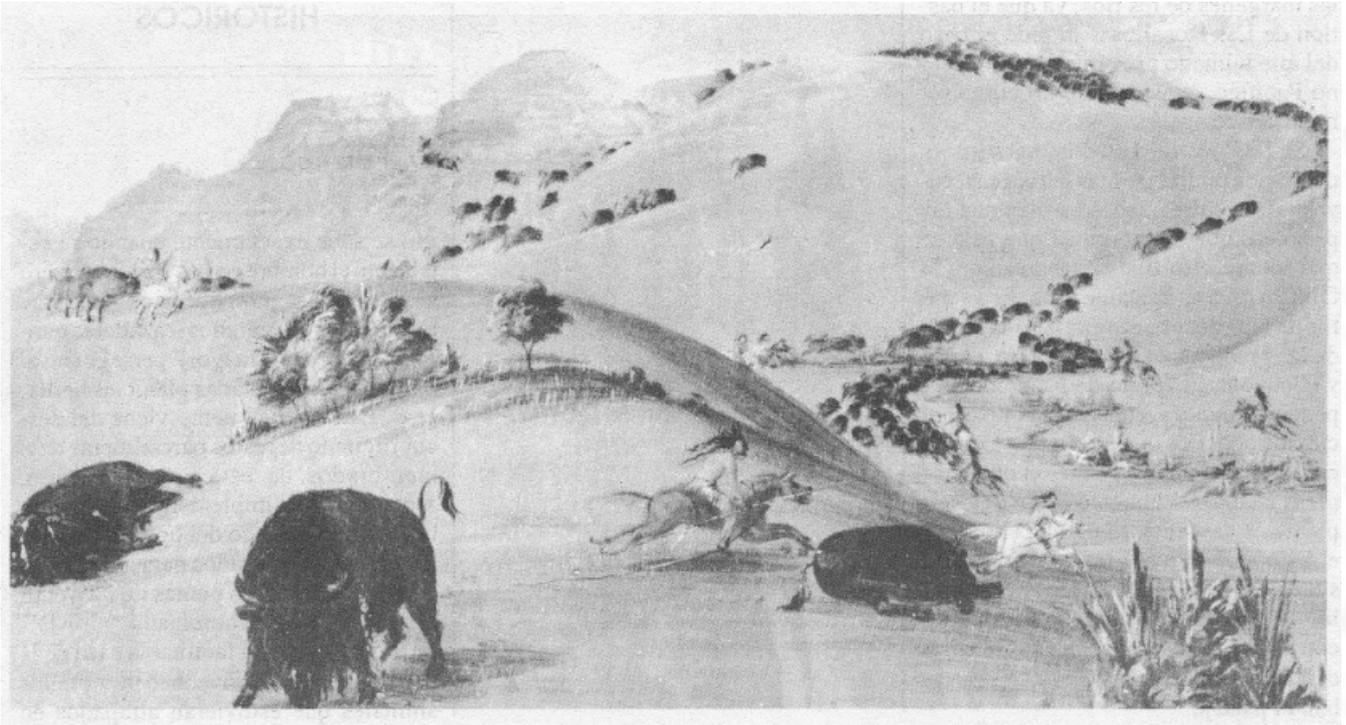
canías de Folson, Nuevo México, asociados con puntas de proyectil del mismo nombre que sirvieron para rematar a las bestias caídas. Esta técnica implica una organización social capaz de coordinar a un grupo considerable de cazadores que unían sus esfuerzos para la caza, el destazado de las piezas, la preparación de la carne y el curtido de las pieles. Si bien la población debió ser escasa y sumamente dispersa, toda la inmensa vastedad de Las Planicies debió estar habitada por los paleoindios hasta hace unos siete mil años, como lo demuestran los hallazgos arqueológicos a lo largo y ancho de éstas. A partir de esta fecha, desaparecen las huellas de estos cazadores tempranos.

La desaparición de restos arqueológicos de paleoindios en Las Planicies, que deja en blanco un lapso de cerca de tres mil años, coincide con un periodo de alza considerable de temperatura y de disminución del régimen de lluvias (Altitermal).

ENFASIS EN LA RECOLECCION

La ausencia de vestigios del hombre en Las Planicies, permite suponer que éste, ante los cambios climáticos, se vio forzado a abandonarlas, buscando refugio en los valles montañosos del oeste, o bien retirándose hacia el norte o hacia la región oriental mejor irrigada, siguiendo a la caza mayor que también debió verse forzada a este éxodo.

Nuevos hallazgos arqueológicos que datan de hace cuatro mil años en adelante muestran una diversificación cultural ausente en la época del paleoindio. En las planicies del sur y en las centrales, los restos de la cultura material que se han encontrado sugieren una economía de recolectores-cazadores con una explotación más cabal del medio ambiente. Han aparecido, por ejemplo, gran número de piedras para moler que indi-



can la utilización creciente de semillas y otros vegetales. Los restos animales incluyen huesos de pequeñas especies, incluso roedores y reptiles. En cuanto a los restos de bisonte, éstos pertenecen a una nueva especie: el *Bison-Bonassus*, de cuernos cortos.

INICIO DE LA AGRICULTURA

En Las Planicies del norte (estado de Montana y sur de Canadá) la balanza se inclina más hacia la caza del bisonte que hacia la recolección, predominando sobre las piedras para moler los implementos propios de aquella: punta de proyectil, cuchillos y navajas, raspadores, etcétera. Este tipo de economía de cazadores pedestres de bisonte, habría de extenderse luego a las planicies occidentales de pastos cortos, donde permaneció casi inalterada (salvo por el adelanto técnico que significó la adquisición del arco) hasta la llegada del hombre blanco.

En la región oriental de Las Planicies, entre el año 500 y 1000 de n.e. se suscita un cambio mucho más trascendental. Debido a condiciones ambien-

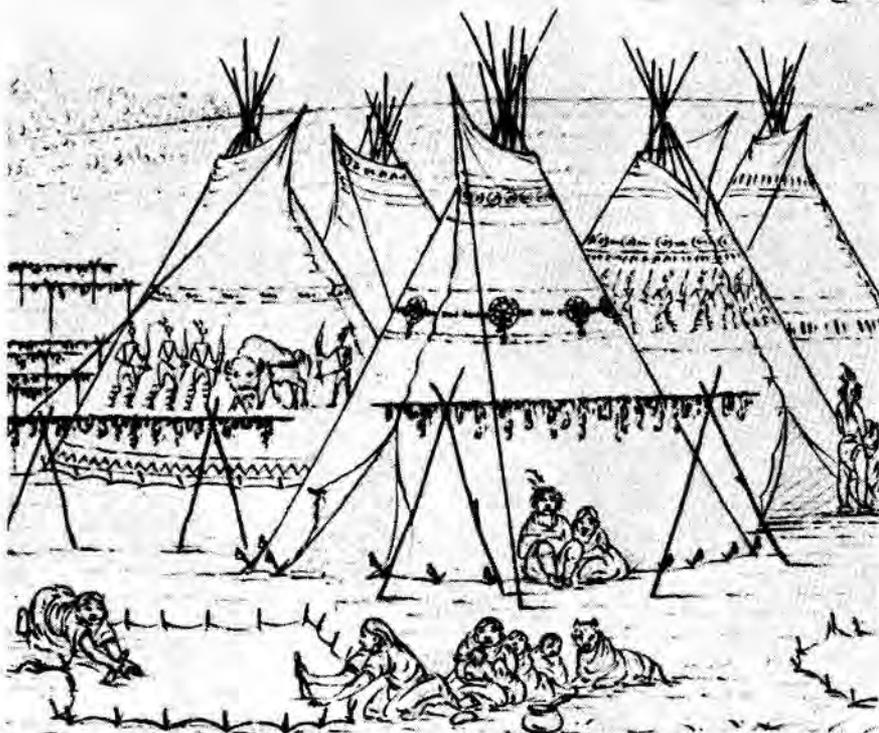


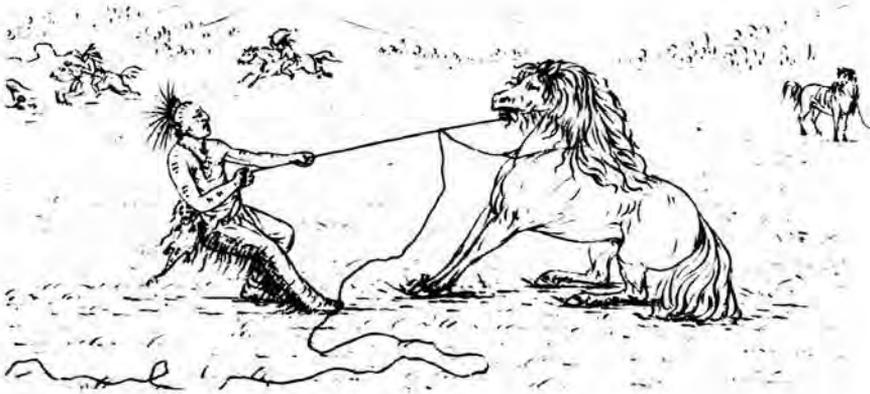
tales más propicias, y sin duda también a la vecindad de las culturas agrícolas de los valles del Mississippi y del Ohio (cultura Hopewell), se inicia el cultivo de la tierra. La exploración de las pequeñas aldeas arqueológicas situadas en la cercanía de los arroyos habla del cultivo del maíz y del frijol (aparecen graneros subterráneos) y del conocimiento de la cerámica. También informa que esta economía agrícola se complementaba en forma considerable con la caza (predominan los huesos de venado sobre los de bisonte) y que existían relaciones comerciales con grupos apartados como lo indican objetos de cobre nativo y de obsidiana encontrados.

LA ERA DEL CABALLO

A partir de 1750 empieza en Las Planicies una nueva era: la Era del Caballo. Ausente en la lista de la fauna nativa, el caballo llega a América en las naves de la Conquista y causa la admiración y el temor de los indígenas. El conquistador, consciente del potencial guerrero del caballo, prohíbe su uso a los indios, pero inevitablemente, con el tiempo, muchas de las tribus de indígenas americanos llegaron a poseerlo. A Las Planicies llegó el caballo cuando a causa de la rebelión de los indios pueblos en 1680, los ranchos ganaderos de Nuevo México fueron quemados y las bestias, puestas en libertad, se extendieron a las planicies aledañas, donde las condiciones favorables de los inmensos pastizales hicieron que las caballadas se multiplicaran y se esparcieran de una manera fabulosa.

El inicio de la Cultura Ecuestre de Las Planicies, cuando ya prácticamente todas las tribus de esta área habían adquirido el caballo, debe situarse alrededor de 1750. La posesión de éste significó un inusitado enriquecimiento material y cultural para las tribus del área. La caza del bisonte se hizo menos peligrosa y mucho más abundante. Con la facilidad de carga y transporte que el caballo representaba, se ensanchó el te-





ritorio de caza, la habitación se volvió más grande y cómoda y se pudo disponer de una copiosa reserva alimenticia y de un menaje más rico y variado.

LA CULTURA DEL BISONTE Y DEL CABALLO

En el binomio bisonte-caballo se encuentran las bases de la Cultura Ecuestre de Las Planicies. El caballo le proporcionaba facilidad para la caza y las actividades guerreras, extraordinaria movilidad y posibilidad de transportar grandes cantidades de provisiones al adaptarse el *travois* (dos varas, sujetas con arneses al lomo del animal, a las que se sujetaba la carga) antes usado con el perro. Además, en la posesión del caballo se fincaba la riqueza y el prestigio del hombre de Las Planicies, con el caballo se hacían transacciones y regalos y se pagaba el precio de la novia. Los guerreros afamados poseían rebaños de entre 30 y 100 caballos.

El bisonte era aprovechado en forma integral. La carne se consumía fresca o preservada de diferentes formas: en *tasajo* o en *pemmican*, carne seca, molida y mezclada con sebo, tuétano y frutillas silvestres. Las pieles se usaban para la confección del *tipi*, la tienda característica de esta área, y para un gran número de objetos del menaje: colchonetas y mantas de invierno, parflejes o bolsas de acarreo, estuches y aljabas, escudos y correas, etcétera. En una piel, cuida-

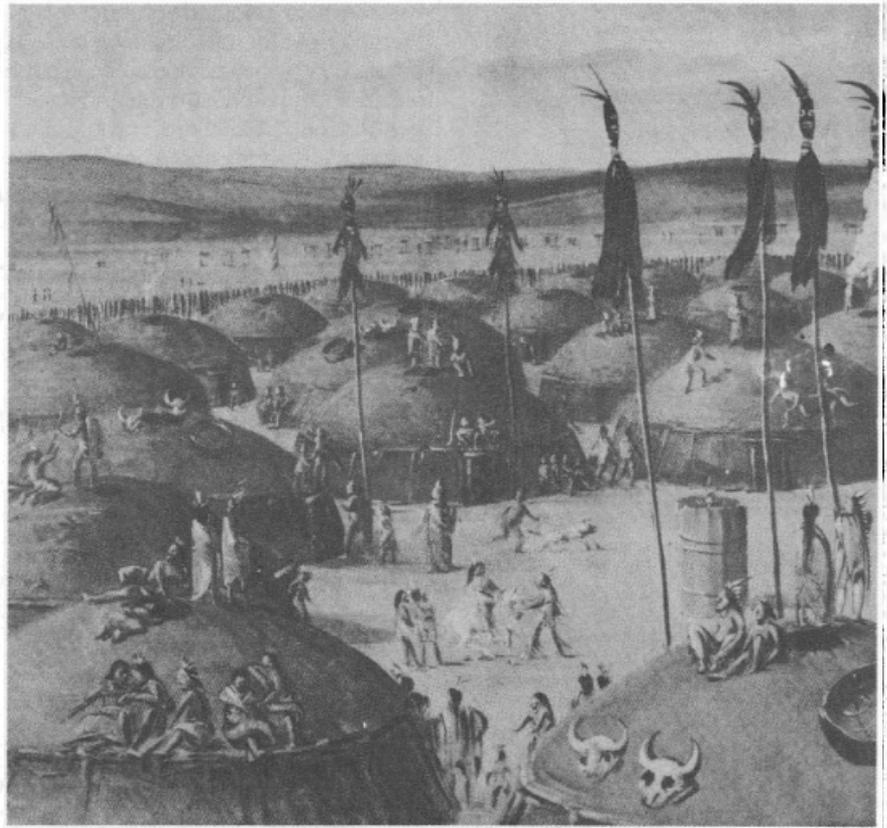
dosamente preparada, se registraban, por medio de pictografías, los hechos más sobresalientes de cada año. Los tendones se usaban como hilo y para reforzar y prestar flexibilidad al arco. De los huesos, cuernos y pezuñas se manufacturaban diversos artefactos y aún el estiércol era usado como combustible.

UNIDAD Y PLURALIDAD CULTURAL EN LAS PLANICIES

La fluidez que representaba el caballo en el paisaje sin fronteras de Las Planicies hizo que diferentes aportaciones de tribus geográficamente distantes se integraran en el todo armónico de esta cultura brillante y fugaz (en 1850 alcanza su apogeo y veinte años más tarde empieza su decadencia) que para muchos representa la "cultura india" por



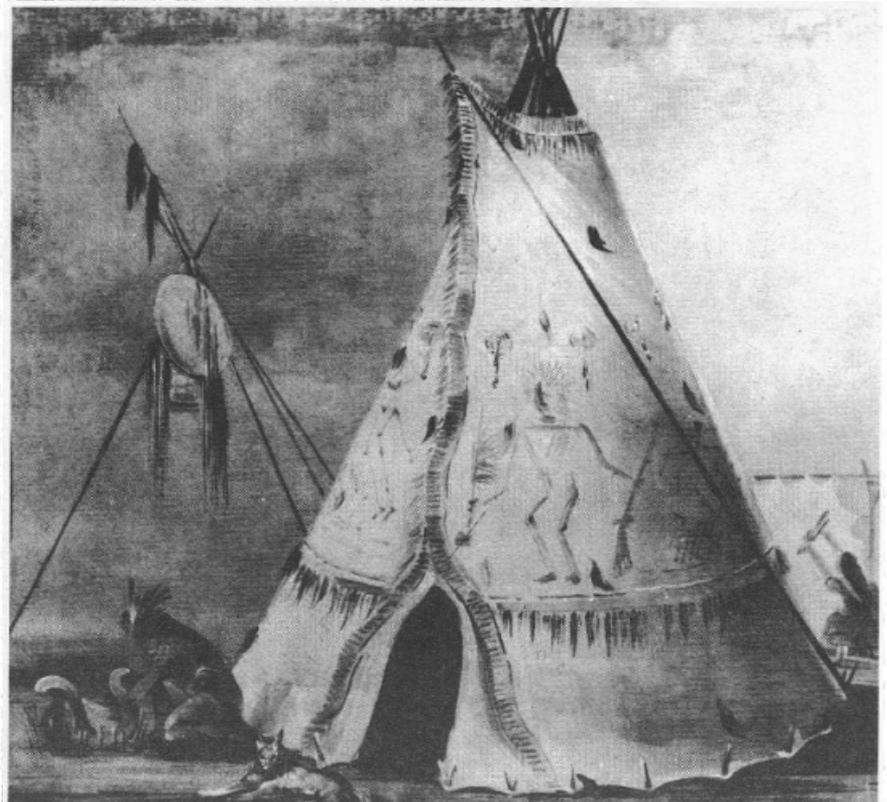
excelencia, pese a que en su formación aparecen elementos aportados por el hombre blanco, entre los que destacan el caballo, las armas de fuego y de acero y las brillantes cuentas de vidrio que contribuyeron al auge de su arte decorativo. Pese a la unidad cultural básica, la pluralidad lingüística persistió. En Las Planicies se hablan dialectos pertenecientes a cinco familias lingüísticas: algonquina, atapascana, siouana, cadmoana y uto-azteca. Para subsanar esta dificultad de comunicación el hombre de Las Planicies ideó un lenguaje de señas que usaba en sus contactos intertribales. De la Cultura Ecuestre de Las Planicies, participaron no sólo las tribus cazadoras como los comanches, cheyennes, arapahos, cuervos, pies-negros, etcétera, sino también las tribus previamente agricultoras como los dakota (sioux), osage, pawnee, arikara, mandan y otras más, las que antes de la adquisición del caballo sólo ocasionalmente cazaban al bisonte.



HABITACION

La habitación característica de Las Planicies era el *tipi*, tienda cónica formada por una estructura de tres a cuatro postes maestros de madera de cedro o pino, descortezada y curada, y varios postes adicionales (de 22 a 25 en total) revestidos por una cubierta de piel de bisonte para la cual se utilizaban entre doce y veinte pieles cosidas entre sí con tendones. El *tipi* llegó a medir en la era del caballo entre 3.70 y 5.50 m de diámetro, con una altura similar a éste. Durante los frecuentes desplazamientos, cuando el *tipi* no estaba en uso, los postes, sujetos con arneses al caballo formaban el "travois", ayudando así a transportar el resto del equipo. La tarea de montar y desmontar el *tipi*, así como la de curtir, cortar y coser las pieles, correspondía a las mujeres.

El *tipi* ofrecía una efectiva protección contra el viento y el agua. Un pequeño fuego encendido en el fogón



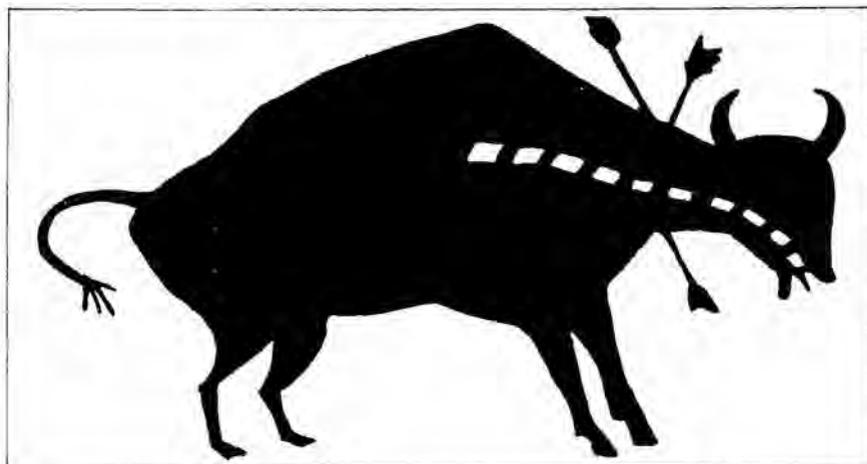
bastaba para calentarlo durante el invierno, y el aire que circulaba entre la puerta y la "salida de humo" en la parte superior proporcionaba una adecuada ventilación. El menaje era simple y apropiado a la vida nómada. Piel de bison que servían tanto de colchones como de mantas, bolsas de cuero: "parfleches" para almacenar provisiones, prendas de vestir y efectos personales varios. Tazones y cucharas de madera, copas de cuerno y cuchillos de piedra o metal. Algunas toscas canastas y palos excavadores, un metate con su mano, eslabones de metal y pedernal para encender el fuego.

campamento y todos los hombres hábiles se preparaban para la Gran Cacería. Un jefe electo quedaba a cargo de ésta, y no existía falta mayor que desobedecer sus órdenes.

Los cazadores montados se distribuían procurando rodear al rebaño antes de que éste se diera cuenta de su presencia. A una señal del jefe todos cargaban a la vez, el cazador se aproximaba por el flanco derecho a la bestia escogida y cuando estaba a punto de alcanzarla le disparaba una flecha que penetraba con gran fuerza en el espacio blando entre la última costilla y el hueso de la pelvis, única forma de alcanzar los órganos vitales. El caballo, bien entrenado, obedecía a la simple presión de las rodillas del jinete, dejándole las manos libres para accionar las armas. También se cazaba con lanza que debía ser introducida con ambas manos.

El trabajo intenso y peligroso de la caza concluía con el desollado y descuartizado del animal, después de esto y mientras los hombres descansaban, llegaba a las mujeres el turno de afanarse. En el campamento provisional de trabajo, las pieles debían limpiarse cuidadosamente y quedar listas para un curtido posterior. La carne era cortada en forma de tasajo que se ponía en bastidores para que el viento y el sol de La Planicie la secaran. Finalmente, el producto de la caza debía ser empacado y llevado al campamento principal en las bestias de carga. Mientras las hazañas de caza eran celebradas por toda la tribu, que veía asegurada su subsistencia hasta la próxima temporada, el arduo trabajo de las mujeres apenas merecía reconocimiento.

Durante los meses de verano, mientras duraba la cacería comunal, la cohesión tribal proporcionaba la ocasión para competencias de arquería y de destreza ecuestre. Era ésta también la época del galanteo, de las visitas y el intercambio comercial con tribus amigas y de los merodeos a campamentos enemigos con el fin de robar caballos para acrecentar el prestigio y la fortuna personales. La guerra en Las Planicies carecía de sus aspectos más cruentos. Era más bien un juego audaz destinado a mantener en forma al cazador y proporcionarle oportunidad de enriquecerse con el botín y



GRAN CACERIA DE VERANO

Cuando reverdecían Las Planicies y tornaban los rebaños de bisontes, las distintas bandas dispersas se iban juntando para prepararse para la Gran Cacería Comunal de Verano y la tribu surgía como un cuerpo organizado. Los *tipis* se erigían en círculo y se nombraba un jefe o consejo de jefes cuya autoridad cesaba al terminar el acampado en común. Se enviaban exploradores que debían recorrer las rutas del bison hasta localizar un rebaño. Cuando algún explorador lo avistaba daba aviso al

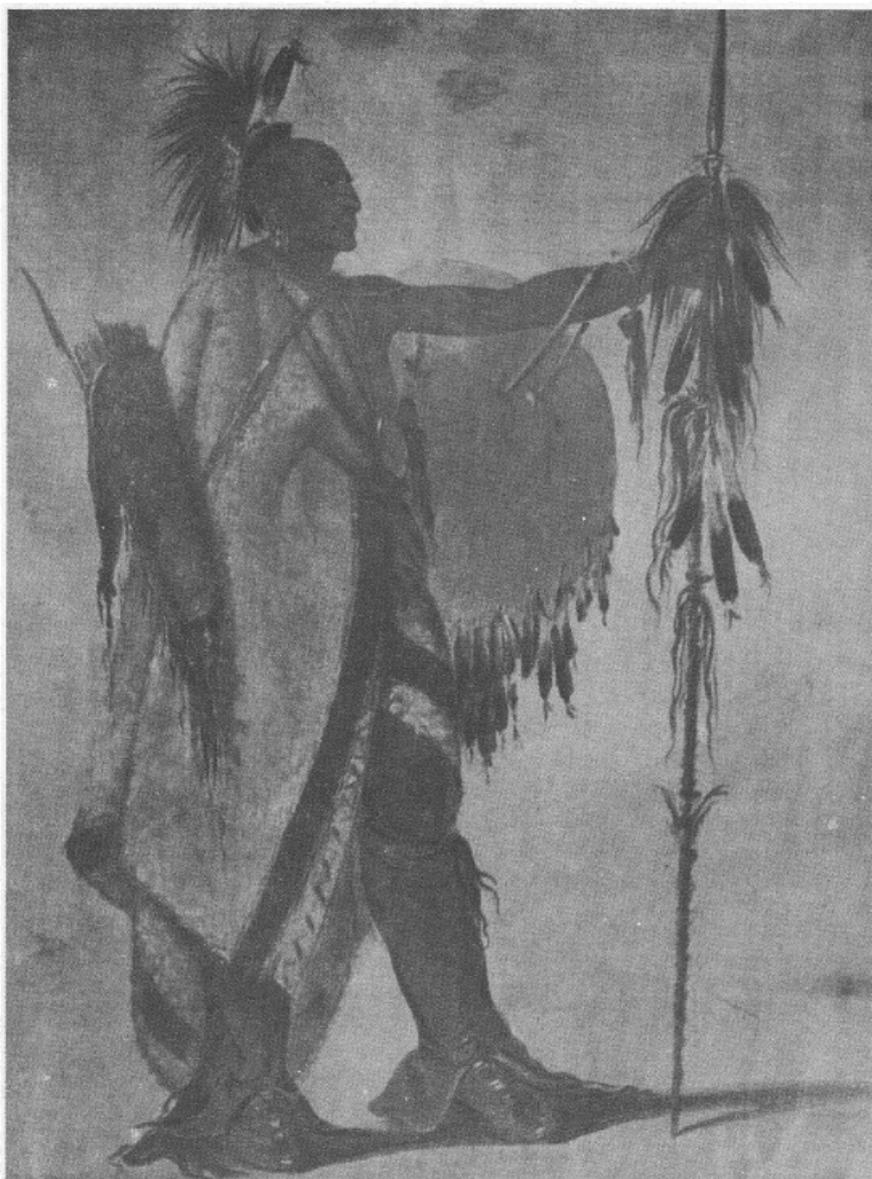


de "contar golpes", o sea alardear de sus proezas guerreras.

EL INVIERNO EN LAS PLANICIES

Durante el invierno, la tribu, que había estado unida para la gran cacería veraniega, se desintegraba en bandas aisladas o pequeños grupos familiares que acampaban por su cuenta, viviendo de sus reservas alimenticias. Se buscaba para acampar un sitio protegido de las inclementes ventiscas invernales y con posibilidad de aprovisionamiento de agua. Los hombres se dedicaban a reparar y reponer sus armas y equipos ecuestres y a cazar el venado, cuya carne proporcionaba una variante en la dieta de *pemmican*, pero que, sobre todo, era cazado por su piel que se usaba en la elaboración de la vestimenta. Correspondía a las mujeres todas las actividades relacionadas con la manufactura de ésta, desde el curtido de las pieles hasta el adorno de las prendas que consistía en bordados hechos con púas de puerco espín que pronto fueron sustituidas por cuentas de vidrio obtenidas mediante el comercio con los blancos. La mayor parte del tiempo los hombres usaban sólo taparrabo y mocasines, durante el invierno, sin embargo, se protegían con una camisa y largas perneras cuyos extremos se sujetaban al cinturón. Las mujeres llevaban un vestido que les llegaba a los tobillos y usaban polainas y mocasines.

Una piel de bisonte sin rasurar servía de abrigo invernal. Las pieles de los hombres ostentaban decoración pictórica. El relato de los mitos y tradiciones del grupo, que se transmitían de abuelo a nieto durante las noches, al calor de una fogata, formaba parte de las costumbres invernales.



RELIGION

La "Danza del sol" era la máxima ceremonia religiosa del hombre de Las Planicies. Se celebraba al término de la temporada de caza y su propósito era pedir la renovación de la naturaleza: el retoñar de los pastos y el retorno de los rebaños de bisontes. En el transcurso de esta danza, que tenía una duración de cuatro días, se sucedían una serie de ritos: purificaciones, uso ritual del tabaco en pipas ceremoniales, actos religiosos con acompañamiento de tambor, etcétera. La característica más sobresaliente, sin embargo, eran las autotorturas que se infligían los guerreros con fin de obtener la deseada "visión" y el consiguiente "poder". Una de las más espectaculares consistía en perforarse los pectorales y músculos de la espalda con garras de águila y ser izados por medio de correas unidas a aquéllas.

El "poder", tan penosamente busca-



do, era concebido como una fuerza impersonal, invisible, no obstante presente en todas partes. La poseían el hombre y los seres vivos: animales y plantas. El "poder" podía acrecentarse o perderse. Asimismo, podían transmitirse: las armas de un gran guerrero y los objetos usados por un chamán durante los ritos, estaban impregnados del "poder" de sus dueños. El amuleto obtenido tras la "visión" era considerado como fuente de "poder" pues compartía la fuerza del "espíritu guardián" que lo había otorgado.

Toda la vida es Wakan

Wakan es todo aquello que muestra poder

Sea en acción como el viento que arrastra las nubes

O en pasiva resistencia como el peñasco a la vera del camino.

Porque aún la más común de las varas y de las piedras

tiene una esencia espiritual que debe ser reverenciada.

Como una manifestación del misterioso Poder que impregna al Universo.

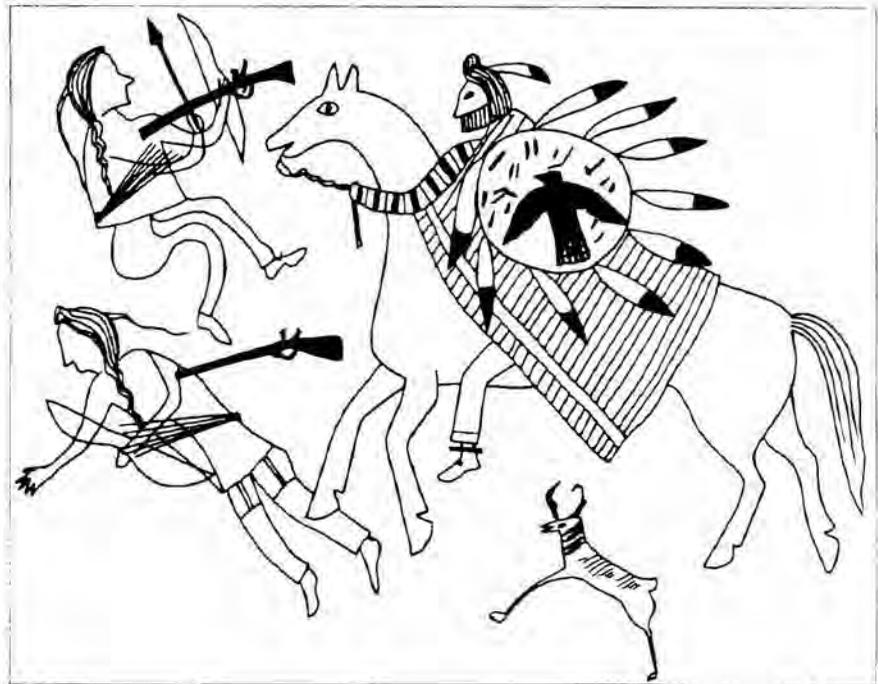
Canto de los oglala sioux sobre el Wakan (PODER IMPERSONAL)





HAZAÑAS GUERRERAS

Los "golpes" (*coup*) más meritorios eran aquellos en los que el guerrero arriesgaba más. Matar un enemigo a distancia tenía poco valor, en cambio abatirlo con una maza o hacha en lucha cuerpo a cuerpo o simplemente "tocarlo" era una hazaña reconocida. Uno de los "golpes" más apreciados era el introducirse a un campamento enemigo y robar los caballos trabados que ahí encontrarán. Cualquier guerrero podía convocar a una partida y si su prestigio era reconocido y su "medicina" era considerada efectiva, o le faltaban seguidores para emprender la aventura guerrera en busca de venganza o simplemente de gloria. La "medicina", responsable en buena parte del éxito de la empresa, consistía en un envoltorio de piel que contenía objetos a los que se creía dotados de propiedades mágicas.



Para obtener su "medicina" el guerrero de Las Planicies había tenido que sujetarse a privaciones y autotorturas que le habían provocado un sueño letárgico o "visión" en el transcurso de la cual un "ser sobrenatural", generalmente en forma de animal, se le había aparecido otorgándole "poder". Al despertar del sueño, ciertos objetos encontrados al azar: una pluma de águila, una garra de oso o un cristal de cuarzo, por ejemplo, eran tomados como pruebas de la presencia del espíritu y adoptados como amuletos.

EL HOMBRE Y LA MUJER DE LAS PLANICIES

La cultura de Las Planicies marcadamente favorecía al hombre por sobre la mujer, otorgando a sus actividades (la caza y la guerra), pleno reconocimiento social, pero también le imponía la pesada carga de una temeridad sin límites. Al joven apocado que no tenía ánimos para someterse a las autotorturas neces-



rias para obtener la "visión" y que por consiguiente no habría de tener éxito en las actividades masculinas por falta de "poder", no le quedaba más opción que vestirse de mujer y sumarse a éstas en las tareas femeninas de recolección, preparación de alimentos, curtido de pieles, etcétera, que pese a ser de importancia vital para el bienestar del grupo, no otorgaban prestigio alguno. A estos jóvenes apocados se les conocía como *berdaches*, término que no es necesariamente sinónimo de homosexual.



La mujer, por su parte, poseía su propio "poder" que le había conferido la naturaleza: el de transmitir la vida, por lo tanto no debía esforzarse como el hombre por obtenerlo, pues éste le llegaba calladamente con la adolescencia. En el matrimonio su posición era subordinada. El buen proveedor podía tener varias mujeres; con el tráfico de las pieles, el cazador hábil aumentó el número de sus esposas, ya que eran éstas quienes se encargaban del curtido.



RESISTENCIA DE LOS INDIOS DE LAS PLANICIES

Justo cuando la cultura de Las Planicies había alcanzado su apogeo, factores históricos gestaban su ruina. Los Estados Unidos habían acrecentado enormemente su territorio después de la guerra con México (1848) y muchos habitantes deseaban trasladarse al occidente del país. Para esto era necesario atravesar Las Planicies, antes sólo recorridas por los traficantes de pieles. Caravanas de colonos empezaron a surcar los inmensos mares de yerba, los puestos comerciales (*Trading Posts*) se convirtieron en fuertes, los indios resistieron la invasión de sus tierras y el choque de las culturas no se hizo esperar.

El aguerrido indio de Las Planicies no cedió dócilmente sus territorios ni renunció voluntariamente a su modo de vida. Fue esta la época en que, ante la necesidad de enfrentar a los blancos, surgieron los grandes jefes indios como: Nube Roja, Caballo Loco y Toro Sentado. Pero la avaricia del hombre blanco era grande y sus armas potentes y pese a su bravura el indio resultó derrotado. Para obligarlo a rendirse, los rebaños de bison, base económica del indio de Las Planicies, fueron exterminados. Falto de comida y abrigo, el indio tuvo que olvidar su vida libre en el amplio horizonte de las llanuras y su glorioso pasado de cazador y guerrero y se sometió a la humillación del confinamiento en reservas.





Mi gente nunca ha tensado el arco o disparado el rifle contra el blanco la primera. Ha habido conflictos en nuestras fronteras y mis jóvenes guerreros han celebrado la danza de guerra. Pero no fuimos nosotros los primeros. Vosotros mandasteis el primer soldado, nosotros el segundo.

Hace dos años crucé por este camino siguiendo el búfalo, para que mis mujeres e hijos pudieran tener sus mejillas llenas y sus cuerpos calientes, pero los soldados nos dispararon y desde entonces ha habido un ruido como de tormenta y no sabemos hacia donde encaminar nuestros pasos...

Cuando estuve en Washington el Gran Jefe Blanco me dijo que toda la tierra comanche era nuestra y que nadie podía impedirnos vivir en ella. Así que: ¿porque nos pedías dejar los ríos y el sol y el viento y vivir en casas? No nos pidais abandonar el búfalo por la oveja. Mis hombres jóvenes han oído hablar de esto y se han puesto tristes y coléricos. No nos habléis más de esto...

Parra-Wa-Samen (Diez Osos) de los comanches

LA VIDA EN LAS RESERVAS

La vida en las reservas resultó una dura prueba para los indios de Las Planicies. Ahí debían aprender a vivir de la agricultura, pero por una parte despreciaban esta actividad que consideraban propia de mujeres y por otra las tierras destinadas a reservas eran de pésima calidad. Sus ritos religiosos, considera-

dos bárbaros, les fueron prohibidos. Sus hijos les fueron arrebatados para enviarlos a internados donde se les vedaba el uso de la lengua materna y se les enseñaba a despreciar su cultura. Para que no escaparan estaban constantemente vigilados por la tropa. Hubo varias rebeliones en distintas partes de Las Planicies, pero todas fueron sofocadas.

La frustración de la vida en la reserva gravitó sobre varias generaciones de indios, que sumidos en la desesperanza se refugiaron en el alcoholismo perdiendo la propia estima y la ajena. En la actualidad la situación del indio ha ido mejorando. En 1921 terminó el "Período de estricta supervisión", durante el cual las reservas semejabán campos de concentración. En 1924 los indios pudieron optar por la ciudadanía americana. Desde 1934 el indio cuenta con una Carta Magna: la *Indian Reorganization Act*, que le concede un amplio margen de autogobierno dentro de las reservas, por medio de los Consejos Tribales. El indio moderno ha ido aprendiendo a revalorar su cultura al mismo tiempo que se preparaba mejor para afrontar el reto que le presenta la sociedad dominante. La lucha del indio por ocupar un lugar digno dentro de la sociedad americana continúa en pie.

Requiem para Wounder Knee

Entonces no sabía
 Cuantas cosas habían llegado a su fin
 Ahora, cuando miro hacia atrás
 Desde la atalaya de mis años viejos
 Aún puedo ver a las mujeres
 Y a los niños masacrados
 Diseminados a lo largo de la sinuosa
 cañada
 Los veo con ojos aún jóvenes
 Y puedo ver que algo más murió allí
 En el lodo sangriento
 Y fue cubierto por la ventisca
 Un hermoso sueño...
 El círculo se rompió y mi Pueblo se diseminó
 Ya no hay centro
 Y el árbol sagrado está muerto.

Wounder Knee, Alce Negro. Sioux, 1890
 Dakota del Sur.

BIBLIOGRAFIA

- BRANDON, William, *The American Heritage Book of Indians*, American Heritage Publishing Co. Inc. 1961.
- DENIG, T. Edwin, *Five Indian Tribes of the Upper Missouri: Sioux, Arickaras, Assiniboines, Crees, Crows*, University of Oklahoma Press, 1977.
- EWERS, C. John, *The Blackfeet. Raiders on the Northwestern Plains*, University of Oklahoma Press, Norman, 1982.
- _____, "Horsemen of the Plains", *The World of the American Indian*, National Geographic Society, 1979.
- JORGENSEN, G. Joseph, *The Sundance Religion Power for the Powerless*, The University of Chicago Press, 1974.
- UNDERHILL, M. Ruth, *Red Man's Religion. Beliefs and Practices of the Indians North of Mexico*, The University of Chicago Press, 1965.
- _____, *Red Man's America. A history of Indians in the United States*, The University of Chicago Press, 1975.
- UTLEY, M. Robert, *The Last Days of the Sioux Nation*, Yale University Press, New Haven, 1978.
- WALLACE & HOEBEL, *The Comanches. Lords of the south Plains*, University of Oklahoma Press, Norman, 1972.

